

Prefacio

Jamás se me había pasado por la cabeza escribir otra cosa que no fueran artículos científicos hasta que me mudé con mi familia a una vieja mansión que databa de 1529. Quisimos recuperar el encanto histórico de la casa desprendiéndonos de las *mejoras modernas* de los anteriores inquilinos, y así fue como dimos con un auténtico tesoro en el desván: doce cuadernos con oscuras tapas de piel que estaban escondidos bajo el suelo de madera y cubiertos de una gruesa capa de arena, tierra y agujas de alerce. Eran los diarios de una mujer realmente extraordinaria.

Su historia me dejó tan admirada que me quedé sin palabras. Ojalá yo pudiera ser tan valiente. A fin de respetar su deseo de anonimato, he combinado el nombre de una amiga, una cerveza alemana (lo siento) y la última parte de mi apellido y he formado el nombre de Anna Kronberg. También he modificado los nombres de las personas cercanas a ella, como su amante y su padre, mientras que otros personajes conservan su identidad.

1

La historia es, en verdad, poco más que el registro de los crímenes, las locuras y las desgracias de la humanidad.

E. Gibbon

Por fin he encontrado la tranquilidad necesaria para escribir lo que debe darse a conocer. Cuando tenía veintisiete años, fui testigo de un crimen tan horroroso que nadie osó hacerlo público. De hecho, nadie lo ha puesto nunca negro sobre blanco; ni la policía, ni los periodistas, ni los historiadores. La reacción de todos ellos fue olvidar lo sucedido.

Ocultaré estos diarios en mi antigua escuela y ruego a quien los encuentre que cuente al mundo la historia que contienen. No solo para que se conozca el crimen, sino porque quiero pintar un retrato distinto de un hombre considerado el detective más famoso del mundo.

VERANO, 1889

Una de las primeras cosas que aprendí en mi edad adulta fue que los hechos y los conocimientos no sirven de nada a quienes están sojuzgados por una buena dosis de temores y prejuicios.

La falta de criterio me parecía el rasgo más inquietante de estas criaturas, bípedas como yo. Y sin embargo, de acuerdo con las innovadoras teorías de Alfred Russell Wallace, yo pertenecía a la misma especie del único de los grandes simios que caminaba erguido y había desarrollado un cerebro de gran tamaño. Puesto que no había otro simio bípedo y de cabeza grande en la Tierra, supongo que yo también era humana. Sin embargo, tenía mis dudas.

El mejor ejemplo de esta resistencia de los humanos a aceptar los hechos lo encontraba en mi lugar de trabajo, la unidad de enfermedades infecciosas del Guy's Hospital de Londres. Los visitantes parecían encantados cuando franqueaban la elegante puerta de hierro forjado y entraban en los terrenos del hospital. Admiraban el césped, las flores y los arbustos del amplio jardín, los edificios luminosos y bien aireados, con blancos ventanales desde el suelo hasta el techo. Les parecía un agradable lugar de reposo para los enfermos.

Sin embargo, ni al visitante más inexperto podía pasarle por alto la sobreocupación del centro. Cada uno de los cuarenta catres de mi planta estaba ocupado por dos o tres pacientes, pegados unos a otros por los fluidos corporales que rezumaban de sus heridas infectadas o de sus orificios corporales. Debido a esta permanente limitación de espacio, médicos y enfermeras acababan dejando de lado cuanto sabían sobre el contagio de la enfermedad en condiciones de hacinamiento. La muerte se extendía con la rapidez de un incendio estival en un bosque de pinos.

No obstante, todos estaban tan habituados a la situación que la consideraban normal. Llevar a cabo el más pequeño cambio habría requerido una energía y un esfuerzo de reflexión que no solemos invertir, salvo para nosotros mismos. De modo que todo seguía igual.

De haber tenido un temperamento más irascible que el que ya poseía, habría responsabilizado directamente al equipo médico del hospital de la muerte de innumerables pacientes por falta de higiene y cuidados. Pero en realidad los enfermos que nos confiaban su salud y bienestar tenían su parte de responsabilidad. Era sabido que los enfermos ingresados en un hospital tenían un índice de mortalidad dos veces más alto, por lo menos, que los que se quedaban en casa.

En ocasiones me preguntaba cómo era posible que la gente creyera que los médicos podían ayudarles. De vez en cuando, las circunstancias me permitían curar a algún enfermo, pero en aquel soleado sábado las perspectivas no eran buenas.

La situación se complicó cuando una enfermera me entregó un telegrama: «AL DR. KRONBERG: SE REQUIERE SU AYUDA. POSIBLE CASO DE CÓLERA EN LA PLANTA DE TRATAMIENTO DE AGUAS DE HAMPTON. VENGA INMEDIATAMENTE. INSPECTOR GIBSON, SCOTLAND YARD».

Yo era especialista en bacteriología y epidemiología, la persona que más sabía de estos temas en toda Inglaterra. En gran parte se debía a que había pocos científicos en este campo de investigación tan nuevo. En todo Londres, éramos solamente tres, y los otros dos habían sido alumnos míos. Cada vez que el cólera se cobraba una vida o que una persona moría víctima de lo que parecía un virulento ataque bacteriológico, me convocaban a mí.

Dada la relativa frecuencia de estas convocatorias, en más de una ocasión tuve el placer de trabajar con los inspectores de la Policía Metropolitana, un grupo donde se combinaban de forma equilibrada distintos grados de inteligencia, en un rango que iba desde la agudeza mental de un cuchillo de mantequilla hasta la de una ciruela madura.

El inspector Gibson pertenecía al grupo de la ciruela madura. Los quince más despiertos, los que estaban más próximos al cuchillo de mantequilla, habían sido trasladados al departamento de homicidios. Esto se produjo en un esfuerzo de reestructuración dentro de Scotland Yard tras los recientes asesinatos en Whitechapel y la búsqueda del asesino conocido como Jack el Destripador.

Me guardé el telegrama en el bolsillo y le dije a la enfermera que pidiera un cabriolé. Luego me dirigí a mi laboratorio en los sótanos del hospital y al agujero en la pared que podía denominar mi despacho. Metí rápidamente algunas cosas en mi maletín de médico y me apresuré a subir al carruaje, que ya me estaba esperando.

Tardamos una hora en recorrer la carretera llena de baches que llevaba a la Planta de Tratamiento de Aguas de Hampton. Fue un viaje

agradable que me permitió disfrutar de lo que en Londres ya no se encontraba: campos verdes, aire fresco y de vez en cuando un tramo del río con aguas lo bastante limpias como para destellar al sol. Porque en cuanto el Támesis entraba en Londres se convertía en el curso de agua más sucio de Inglaterra. En sus perezosas aguas flotaban los cadáveres de todas y cada una de las especies que habitaban la ciudad, así como sus excrementos. El río se los llevaba al mar, donde se hundían y desaparecían. Pero Londres disponía de una inagotable provisión de suciedad, la suficiente como para seguir ensuciando el Támesis durante los siglos venideros. A veces, esa idea me producía tal agotamiento que tenía la tentación de hacer el equipaje y mudarme a un pueblo remoto, donde tal vez podría poner una consulta, o dedicarme a criar ovejas, o ambas cosas, y ser feliz. Por desgracia, mi mente científica requería ejercicio, y la vida en el campo no tardaría en resultarme aburrida.

El cabriolé se detuvo frente a una verja de hierro sobre la que pendía un elaborado cartel, también de hierro forjado, que se sostenía en los dos gruesos pilares de piedra. Detrás de la verja se veía el complejo de ladrillo, formando un edificio de dos plantas y tres inmensas torres a cada lado. La Planta de Tratamiento de Aguas se construyó en respuesta al Decreto del Agua que se promulgó en 1852, después de que el ingeniero civil Thomas Telford estuviera insistiendo al gobierno durante más de dos décadas. Telford argumentaba que los londinenses que tomaban el agua del Támesis estaban bebiendo su propia mierda, y que ésta era la causa de los continuos brotes de cólera y otras enfermedades igualmente espantosas. La pasividad de las autoridades cuando había que invertir dinero y buscar soluciones nunca dejaba de sorprenderme.

A casi un kilómetro más al este había un inmenso embalse rodeado de sauces llorones y hierbas altas. Desde la posición elevada en que me encontraba vi centenares de manchas blancas sobre la superficie del agua, de un azul oscuro. Por los chillidos que emitían y el ajetreo que formaban, deduje que eran aves acuáticas.

Bajé del carruaje y saludé con una breve inclinación de cabeza a los policías que me estaban esperando, dos agentes con uniforme azul y Gibson, que iba de civil. Los *bobbies* respondieron con una sonrisa a mi saludo, pero el inspector pareció desconcertado.

Confiando en que se tratara de un empleado de la planta, me dirigí a un hombre fornido y de aspecto saludable de unos setenta años. Tenía gruesas mejillas, poblados bigotes blancos y unas cejas igualmente blancas y espesas. Parecía uno de esos hombres que no se retiran hasta que les alcanza la muerte. Y estaba tenso, como si soportara un gran peso sobre los hombros.

—Soy el doctor Anton Kronberg —le dije—. Scotland Yard me ha llamado porque hay una posible víctima de cólera en la planta de tratamiento. ¿Es usted el ingeniero jefe?

—En efecto, soy William Hathorne. Encantado de conocerle, doctor Kronberg. Yo fui quien encontró el cadáver.

Gibson resopló irritado. Probablemente había vuelto a sentirse desautorizado. Todavía me sorprendía que no se hubiera acostumbrado a mi impertinencia; por supuesto, esto requería una capacidad de aprendizaje de la que el inspector carecía.

—¿Fue usted quien determinó que podía tratarse de una víctima del cólera? —le pregunté.

—Sí.

—¿Cómo lo sabía?

El hombre carraspeó y bajó la mirada antes de contestar.

—Yo era vecino de Broad Street.

—Lo siento —musité. Tal vez la pérdida de una esposa o incluso de un hijo había grabado a fuego en su memoria el aspecto demacrado y azulado que presentan las víctimas del cólera.

Hacía treinta y cinco años, la bomba de agua que abastecía a los vecinos de Broad Street se contaminó porque habían cavado pozos negros demasiado cerca. La última epidemia de cólera en la ciudad de Londres acabó con la vida de más de seiscientas personas. La epidemia cesó en cuanto clausuraron tanto la bomba como

los pozos negros. Con un nudo en el estómago, me pregunté cuánta gente moriría si era cierto que el cadáver que flotaba en el agua que bebía la mitad de los londinenses había muerto a causa del cólera.

—¿Ha movido el cadáver, señor Hathorne?

—Bueno, no tuve más remedio. No podía dejarlo flotando en el canal, ¿no le parece?

—¿Usó las manos para moverlo?

—¿Qué otra cosa iba a usar? ¿Los dientes?

El señor Hathorne no entendía nada, como era natural. Le expliqué que tenía que desinfectarle las manos y extraje del maletín una botella de creosota y un pañuelo de buen tamaño. Un poco aturdido, el hombre me tendió las manos sin protestar.

—Es usted un hombre observador —le dije—. Lo he comprendido nada más verle. ¿Puede decirme quién más tocó el cadáver?

Hathorne escuchaba muy tieso y con los bigotes erizados.

—Todos los agentes de policía y aquel hombre —replicó, señalando con la peluda barbilla en dirección al canal.

Me volví sorprendida hacia donde Hathorne había indicado. Era un hombre muy alto y delgado. Por un momento casi esperé verlo combado por el viento, agitándose de un lado a otro al mismo tiempo que las hierbas altas a su alrededor. El hombre se encaminó hacia el río y pronto desapareció entre la espesa vegetación.

Gibson se acercó con cara de malas pulgas y las manos en los bolsillos.

—Doctor Kronberg, ¡al fin! —me increpó.

—Tuve que tomar un carruaje, no puedo volar —repliqué. Me volví rápidamente hacia el ingeniero.

—Señor Hathorne, ¿ha detenido usted las bombas?

—Por supuesto, pero a saber cuánto tiempo llevaba flotando este cadáver.

—¿Es posible invertir la dirección del agua y sacarla del canal para devolverla al Támesis?

Hathorne se quedó pensativo, atusándose los bigotes. Finalmente asintió.

—¿Podría vaciar y volver a llenar el canal tres veces?

—Por supuesto, no me llevaría mucho tiempo.

—Muy bien, señor Hathorne, gracias por su tiempo. Inspector Gibson, ahora examinaré el cuerpo, si le parece bien.

Él hizo un gesto invitándome a seguirle y se puso en marcha.

—Le echaré un vistazo al muerto —le dije—. Y si es una víctima del cólera, necesitaré que me traiga a todos los hombres que han tocado el cadáver.

Tras un momento de reflexión, cambié de opinión.

—Olvídelo. Quiero desinfectar las manos de todos los hombres que han estado hoy en la planta de tratamiento.

Sabía que a Gibson no le gustaba hablar en mi presencia. No me tenía simpatía y le desagradaban mis bruscas respuestas. Yo también tenía problemas con él. Lo conocía lo suficiente como para saber que era un mentiroso. Fingía ser un hombre inteligente, fiable y trabajador, que siempre contaba con el respaldo de sus agentes. Pero era inspector de Scotland Yard, sin duda puesto allí por ser hijo de alguien importante.

Recorrimos un estrecho camino junto al amplio canal que conectaba el río con la represa. La había divisado desde el carruaje y me preguntaba cuál era su utilidad. ¿Por qué almacenar agua cuando disponías de un río caudaloso justo al lado? Pero yo no era ingeniera, de modo que lo dejé estar.

La hierba estaba muy alta. Si salía del camino, y no me quedó otro remedio que hacerlo, me haría cosquillas en la barbilla. Unas enormes libélulas pasaron zumbando a mi lado y una casi se me estampó en la frente. No parecían acostumbradas a que los humanos invadiesen su territorio. Desde la represa cercana llegaba el caótico concierto de las aves acuáticas. Los nerviosos chillidos de los correlimos se mezclaban con el trompeteo de los cisnes, y los gritos melancólicos de una bandada de grullas me trajeron recuerdos de una vida anterior.

Un repentino efluvio dulzón a materia en descomposición borró esos bonitos pensamientos de mi mente. También las moscas lo habían notado; moscas y humanos nos acercamos a lo que parecía un montoncito de trapos viejos que enmarcaban un rostro azulado. Nada más verlo comprendí que el individuo había pasado mucho tiempo flotando boca abajo, porque los peces se habían comido buena parte de la carne floja e hinchada: las yemas de los dedos, los labios, la nariz y los párpados.

El aire cambió de dirección y el olor me golpeó directamente. Se me metió en las fosas nasales y se me pegó al cuerpo, la ropa y el pelo.

—Hay tres policías presentes, ¿por qué? —le pregunté a Gibson—. ¿Y quién era ese individuo alto que se ha dirigido a toda prisa hacia el Támesis? ¿Se sospecha un crimen intencionado?

El inspector abrió la boca para responderme cuando alguien a mis espaldas le interrumpió en un tono educado, pero que traslucía cierto fastidio.

—Un hombre muerto no puede saltar una valla, de modo que el inspector Gibson ha llegado a la brillante conclusión de que alguien tiene que haber arrojado el cadáver al canal.

Me volví sorprendida y tuve que echar la cabeza hacia atrás para ver la cara del hombre que había pronunciado estas palabras. Me pasaba más de una cabeza y tenía una expresión despierta y decidida. A juzgar por la maliciosa observación sobre Gibson y la confianza en sí mismo —cercana a la arrogancia— que mostraba, no cabía duda de que se consideraba superior. Basándome en su atuendo y en su forma de comportarse, deduje que había sido un niño consentido en una familia de clase alta.

Sus ojos verde grisáceo se clavaron en los míos como una daga, pero su curiosidad se apagó enseguida. Al parecer no encontró en mí nada de interés. Me sentí aliviada. Había temido que pudiera ver a través de mi disfraz, pero, como siempre, estaba rodeada de ceguera.

Los dos hombres que tenía delante eran tan opuestos que casi producía risa verlos. El rostro de Gibson carecía de músculos, y su

labio inferior parecía más adecuado para recoger el agua de lluvia que para comunicarse. No paraba de mover las mandíbulas, de tocarse y morderse las uñas, y su cráneo rojizo brillaba de sudor.

—Señor Holmes, le presento al doctor Anton Kronberg, epidemiólogo del Guy's Hospital —dijo Gibson.

Le tendí la mano a Holmes, que me la estrechó con firmeza y acto seguido la dejó caer como si temiera contagiarse de algo.

—Doctor Kronberg, este es el señor Sherlock Holmes —concluyó el inspector. Lo dijo como si yo tuviera que saber quién era Sherlock Holmes.

—¿Cree que la víctima fue empujada al canal, señor Holmes? —preguntó Gibson.

—No lo creo probable —respondió Holmes.

—¿Por qué lo dice? —pregunté.

—No hay ninguna señal en las orillas del Támesis...

La frase quedó sin acabar. Mentalmente, tomé nota de que tendría que examinar la corriente del Támesis para determinar si era posible que un cadáver entrara por sí solo en el canal sin que lo empujaran.

El señor Holmes me miraba fijamente con ojos entrecerrados. Su mirada pasó de mis finas manos a mis pies menudos, recorrió mi cuerpo esbelto y se detuvo en mi poco masculino rostro. Se detuvo por unos segundos en mi pecho plano y por último pasó a mi garganta, donde la ausencia de nuez de Adán se disimulaba con el cuello alto y un pañuelo. De repente, en sus ojos se encendió la luz de la comprensión y la sombra de una sonrisa revoloteó sobre su rostro mientras me dirigía un gesto de asentimiento tan discreto que era casi imperceptible.

Me sentí muy incómoda. La ropa era demasiado estrecha, me sudaban las manos, notaba el cuello tenso y un intenso calor en el resto del cuerpo. Me picaba todo. Meforcé por respirar con tranquilidad. Este hombre había descubierto mi secreto mejor guardado en cuestión de minutos, en tanto que otros llevaban años sin sospechar nada. Estaba rodeada de policías. No tenía escapatoria. Perdería mi

trabajo, mi titulación y la residencia; tendría que pasar unos años en la cárcel. ¿Y qué haría cuando por fin me soltaran? ¿Bordar tapetes?

Temiendo que los nervios me llevaran a hacer una estupidez, me abrí paso entre los dos hombres y me dirigí al Támesis. Ya me enfrentaría a Holmes cuando estuviéramos solos. La idea de arrojarlo al Támesis tenía su atractivo, pero me obligué a descartarla y a concentrarme en la tarea que nos ocupaba.

Primero necesitaba averiguar cómo había ido a parar el cadáver al canal. La hierba estaba intacta; las únicas hierbas aplastadas eran las que había pisado Holmes hacía un momento. Examiné el terreno alrededor, mientras el señor Holmes observaba mis movimientos.

Las únicas huellas visibles eran las del señor Holmes. Cogí del suelo unas cuantas ramas secas, las partí en trozos de un brazo de longitud, más o menos, y las arrojé al Támesis. Algunas ramas se desviaron hacia mí y acabaron entrando en el canal. Justo a la entrada había un banco de arena que producía remolinos; esto hacía que los objetos que flotaban en el agua entraran en el canal, en lugar de navegar río abajo arrastrados por la corriente principal. Lo más probable era que el cadáver hubiera acabado allí desviado por los remolinos.

Pasé junto al señor Holmes, que ya no tenía aspecto de aburrirse.

—Parece que tenía usted razón —le dije. Regresé al lugar donde estaba el cadáver con un nudo en la boca del estómago.

Saqué del maletín unos guantes de goma. El señor Holmes se acuclilló a mi lado, demasiado cerca del cadáver, para mi gusto.

—No lo toque, se lo ruego —le advertí.

Pero él no pareció oírme, o tal vez prefirió ignorar la advertencia. Toda su atención estaba puesta en el cadáver.

El rostro y las manos del fallecido me indicaban que llevaba aproximadamente treinta y seis horas en el agua. Consciente de que atacar es siempre preferible a retroceder, me volví hacia el señor Holmes.

—¿Sabe por casualidad cuál es la velocidad del Támesis en este punto?

Ni siquiera pestañeó. Se limitó a murmurar:

—Como mucho, ha recorrido cuarenta y ocho kilómetros.

—¿Cuánto tiempo calcula que ha estado en el agua? —pregunté.

—De veinticuatro a treinta y seis horas.

—Interesante.

Me sorprendió su aparente formación médica. Había calculado con exactitud el tiempo que el cadáver había pasado en el agua. También había sabido calcular la distancia máxima que podía haber recorrido río abajo. Lo miré de reojo y tuve la sensación de que desprendía una energía intelectual que estaba deseando ponerse a trabajar.

—¿Es usted una especie de detective privado al que la policía llama de vez en cuando? Nunca había visto que hicieran eso —dije, pensando en voz alta.

—Me gusta más el término *detective asesor*.

—Ah... —dije distraída. Volví la atención al escuálido cadáver. La piel, con el característico tono azulado, era fina como el papel, lo que indicaba sin ninguna duda la última fase del cólera. Me disponía a examinar sus ropas en busca de posibles signos de violencia cuando el señor Holmes profirió un grito.

—¡Alto!

Sin darme tiempo a protestar, me empujó a un lado, sacó una lupa del bolsillo de su chaleco y se inclinó sobre el muerto. Me inquietó advertir que su nariz casi rozaba el abrigo del cadáver.

—¿Qué ocurre?

—Lo ha vestido otra persona —sentenció Holmes.

—¡Demuéstrémelo!

Un poco molesto, me entregó la lupa y yo me quité los guantes de goma para manejarla. La goma era tan gruesa que me impedía mover bien los dedos y me hacía sentir como un carnicero. Ya me desinfectaría más tarde.

El señor Holmes empezó a hablar bastante rápido.

—No cabe duda de que el individuo era diestro, puesto que su mano derecha presenta más callosidades. Sin embargo, observará que

hay huellas de dedos grasientos en la parte izquierda de los botones del abrigo.

Vi las huellas a que se refería, acerqué la nariz todo lo posible y olfateé. Distinguí olor a cadáver, a agua del Támesis y —me pareció— un leve olor a petróleo.

—Huele a petróleo, tal vez procedente de una lámpara —dije en voz baja.

Le examiné las manos. En los nudillos de la mano derecha encontré rasguños superficiales y señales de golpes. Probablemente se había enzarzado en una pelea a puñetazos un día o dos antes de morir, lo que resultaba extraño, dada su debilidad física. Las manos tenían aspecto de haber sido fuertes y ásperas en una época anterior, pero las callosidades habían empezado a pelarse, señal de que llevaba un tiempo sin realizar tareas manuales. Las uñas presentaban múltiples manchas y decoloraciones, lo que indicaba que semanas antes de contraer el cólera ya estaba desnutrido y enfermo. Debía de haber sido muy pobre en sus últimos meses de vida. Me pregunté de dónde habría salido. La ropa, sucia de los detritos que arrastraba el río, era vieja y le venía grande. Examiné las mangas y las manos, palma y dorso, y descubrí una delgada marca roja alrededor de las muñecas.

—Marcas de correas —comentó el señor Holmes—. Era un trabajador del campo, pero perdió su empleo hace tres o cuatro meses.

—Puede que tenga razón —dije. Estaba claro que basaba su afirmación en el aspecto de las manos, las botas y la ropa—. Pero también es posible que hiciera otros trabajos físicos, señor Holmes. Podría ser un minero del carbón. Las prendas no son necesariamente suyas.

Él se sentó muy erguido y levantó una ceja.

—Creo que podemos asegurar que llevó estas botas durante diez años por lo menos —aseveró. Levantó un pie desnudo del cadáver y le puso la bota al lado. La suela, tan usada que se había quedado reducida a una fina capa de cuero, presentaba un agujero en el talón y era la huella perfecta del pie del cadáver, con todos sus dedos.

—¿Lo examinó antes de que yo llegara?

—Por encima. Me pareció más importante averiguar cómo había ido a parar al canal.

Yo asentí, aunque no totalmente tranquila.

—Señor Holmes, por lo menos en dos ocasiones se ha tocado la cara con las manos, y en una ocasión incluso se ha rascado la barbilla, muy cerca de la boca. Eso es muy imprudente, si tenemos en cuenta que acaba de tocar a una víctima del cólera.

El detective levantó la otra ceja. Le pasé un pañuelo empapado en creosota y se limpió con esmero. Después se inclinó sobre el cadáver, esta vez sin tocarlo, y señaló una manchita verde.

—¿Qué es esto?

Me sorprendió no detectar en su tono de voz ni sombra de indignación, únicamente un sincero interés. Me pregunté si no le importaba que una mujer le reprendiera o si estaba tan concentrado en el examen del cadáver que no tenía tiempo para resentimientos.

Cogí el objeto que señalaba. Era una plumita verde que se había quedado atrapada en un pequeño rasgón justo debajo del primer ojal del abrigo. La alisé y le quité el barro.

—Una oropéndola hembra. ¡Qué extraordinario! Hace años que no oigo su canto.

—¿Un pájaro poco frecuente? —preguntó el señor Holmes.

—Sí. Pero no sé de dónde puede venir esta pluma. Nunca he oído cantar a la oropéndola en el área de Londres. Puede que encontrara la pluma en otro sitio y se la pusiera en la chaqueta...

Me quedé mirando el pequeño cálamo y el suave plumón de color gris.

—El cálamo está tierno —murmuré—, y el plumón está entero. No es una pluma arrancada por un ave de presa, un zorro u otro animal; proviene de una muda, y como mucho hacía unas semanas que este hombre la tenía. La encontraría poco antes de enfermar, o bien se la dieron cuando ya estaba enfermo.

El señor Holmes parecía sorprendido, y sentí la necesidad de explicarme mejor.

—En mi infancia pasé bastante tiempo en las copas de los árboles y aprendí mucho acerca de los pájaros. El plumón indica que esta pluma ha caído empujada por la pluma emergente. Los pájaros mudan el plumaje en primavera. Cuanto más al norte viven, más tarde empiezan. Este pájaro cambió las plumas a finales de primavera o a mitad del verano, de modo que este hombre tuvo que pasar sus últimos días cerca del lugar de nidificación de una pareja de oropéndolas. Las hembras nunca están solas en esta época del año.

—¿Dónde viven estos pájaros? —preguntó Holmes.

—En bosques grandes y espesos. Con agua cerca, como un lago o un riachuelo. O un humedal también serviría.

—¿El Támesis?

—Es posible.

Me quedé pensativa. El nudo que tenía en la boca del estómago amenazaba con dejarme sin respiración.

—Señor Holmes, ¿tiene usted intención de delatarme?

Me miró sorprendido y agitó la mano desestimando la posibilidad.

—¡Bah! —exclamó, casi divertido—. Aunque imagino que es un tema complicado. Supongo que no tiene ganas de irse a la India.

Esto último lo afirmó, más que preguntarlo.

—Por supuesto que no.

Probablemente Holmes ignoraba que en Alemania seguía estando prohibido que las mujeres obtuvieran una titulación médica. Si revelara mi verdadera identidad, perdería mi trabajo y mi residencia británica. Me deportarían y me encerrarían en una prisión alemana. La única alternativa, aunque yo no la consideraba tal, era que me marchara a la India. Las pocas británicas que obtuvieron una titulación médica sufrieron tales presiones sociales que se marcharon a la India, lejos de una institución médica que se quería exclusivamente masculina. Por lo que sabía, yo era la única excepción.

—No creí que se notara tanto —musité.

—Yo soy el único que lo nota. Me considero un hombre observador.

—Eso me ha parecido. Y sin embargo sigue usted aquí, pese a que este caso le aburre a todas luces. Me preguntó por qué.

—Todavía no me he formado una opinión. Aunque creo que se trata de un caso bastante aburrido. No obstante...

Me contempló con aire pensativo y comprendí que se había quedado para analizarme... Yo le intrigaba.

—¿Por qué razón decidió cambiar su identidad? —El aburrimiento se había borrado de su rostro, que ahora no expresaba sino un vivo interés.

—Eso no es asunto suyo, señor Holmes.

Su expresión mudó de repente en cuanto cambió su *modus operandi* al análisis. En cuestión de un minuto había llegado a una conclusión.

—Imagino que lo ha hecho por un sentimiento de culpa.

—¿Cómo?

—Hace unos años, las mujeres no tenían acceso a una educación superior, de manera que tuvo usted que cortarse el pelo y disfrazarse de hombre para poder estudiar medicina. No obstante, esto no responde a la pregunta: ¿Por qué aceptar unas medidas tan drásticas para conseguir un título? Por su acento, no me cabe duda de que es usted alemana y que ha aprendido inglés en el área de Boston. ¿En la Escuela de Medicina de Harvard?

Asentí. Mi curiosa mezcla de inglés americano y británico y el añadido de acento alemán resultaban bastante evidentes.

—Al principio pensé que vivía en el East End, pero me equivoqué. Vive usted en Saint Giles o muy cerca de allí. —Señaló con su largo dedo índice mis zapatos y mis pantalones manchados. Cada mañana intentaba limpiarlos, pero siempre quedaba algo.

—Diría que las manchas pardas en los dedos índice y pulgar de su mano derecha se deben a que arranca partes de una planta medicinal. ¿Acierto si digo que es el cardo mariano?

Carraspeé. Esto estaba yendo demasiado lejos para mi gusto. Me preparé para luchar.

—Correcto —dije.

—Puesto que esta planta no se emplea en los hospitales, deduzco que visita usted gratuitamente a los pobres. Y luego está el lugar que ha elegido para vivir..., ¡un barrio miserable, el más abarrotado de Londres! ¡Tiene usted tendencia a practicar una exagerada filantropía!

El señor Holmes enarcó una ceja y apretó los labios, como si no supiera si inclinarse por el reproche o por la carcajada.

—No presta atención a su vestimenta —continuó, sin hacer caso de mi mirada asesina—. El cuello y las mangas se ven gastados, pero no creo que el problema sea la escasez de dinero, sino la falta de tiempo. Y no encontraría un sastre lo bastante cegato como para no descubrir los detalles de su anatomía.

Temí que pudieran oírnos y lancé una mirada a Gibson y a sus hombres para comprobar que estuvieran a suficiente distancia. El señor Holmes hizo con la mano un gesto de impaciencia, como si mi temor a ser descubierta fuera una nimiedad, y continuó su disertación.

—En su casa no puede confiar en nadie; ni un ama de llaves ni una criada que puedan guardarle el secreto. Esto la obliga a hacérselo todo. A esto se suman sus caminatas para visitar a sus vecinos. Me imagino que no dedicará muchas horas al sueño, ¿verdad? —Su voz tenía ahora un tono burlón.

—Duermo una media de cuatro horas —dije. Me pregunté si Holmes sería consciente de que yo también lo estaba analizando.

Él siguió hablando a toda prisa, *traca-traca*, como una locomotora.

—Tiene un corazón compasivo, incluso con los muertos. —Señaló el cadáver que yacía entre los dos—. Es una de las escasas actitudes femeninas que presenta, aunque en su caso no se trata simplemente de algo aprendido; detrás hay algo más. Mi conclusión es que se ha sentido culpable por la muerte de un ser querido, y ahora hace todo lo posible para que no les ocurra lo mismo a otros. Pero no lo logrará, porque la enfermedad y la muerte son algo natural. Teniendo en cuenta sus peculiares circunstancias y su comportamiento

poco convencional, diría que proviene de un hogar con escasos recursos. ¿Es posible que su padre la criara solo tras la muerte de su madre? ¿Quizás ella murió al cabo de poco tiempo de que usted hubiera nacido? Es evidente que no ha habido influencia femenina en su educación.

Parecía tan satisfecho de sí mismo que me dejó atónita.

—¡Esto es simplificar demasiado las cosas, señor Holmes! —grité. No suelo enfadarme, pero tuve que hacer un esfuerzo por contener la rabia—. Lo que me mueve no es el sentimiento de culpa. No habría llegado tan lejos si no me apasionara la medicina. Es cierto que mi madre murió, y me parece feísimo que se muestre tan orgulloso de poder deducir los detalles de mi vida privada. ¡Porque no tengo intención alguna de comentarlos con usted! —Parpadeó, como si acusara el golpe—. En Harvard conocí a hombres como usted, señor Holmes. Hombres inteligentes que necesitaban una continua estimulación intelectual, y que no veían más allá de su trabajo. Cuando no se enfrentan a un problema intelectual, su mente da vueltas en círculo, desesperada. Porque para ellos no hay peor tortura que el aburrimiento.

El señor Holmes se había quedado clavado en el sitio, con la mirada perdida en el vacío. Sin duda su mente seguía trabajando a toda prisa.

—Esos hombres consumían cocaína cuando no tenían a mano otra cosa para estimular sus mentes. ¿Y usted, señor Holmes?

Me miró a los ojos. Se había puesto serio. Yo asentí sonriendo.

—No sirve de mucho, ¿no le parece? ¿Le sirve el violonchelo para poner un poco de orden en su caos mental? —Señalé su mano izquierda—. No —dije en voz alta—. Usted prefiere el violín.

Holmes miró las callosidades en las yemas de los dedos de su mano izquierda, producidos a base de ejercer presión sobre las cuerdas.

—Es usted un hombre pasional, aunque sabe ocultarlo bien. Pero ¿de verdad piensa que ser más listo que nadie es un logro?

No alteró su expresión controlada y serena, pero sus pupilas dilatadas delataron que le había herido en su orgullo.

Me levanté y acerqué mi rostro al suyo.

—Siente como si le hubieran desnudado ante un extraño, ¿verdad? —murmuré—. No se atreva a escarbar en mi mente o en mi vida privada.

Me toqué el ala del sombrero, di media vuelta y lo dejé solo sobre la hierba.